

SEÑAS DE UN LIBRO ENCONTRADO: LA *PEREGRINACIÓN* DE PEDRO MANUEL DE URREA

AURORA EGIDO MARTÍNEZ

Universidad de Zaragoza

Envuelto en el precioso desplegable del *Viaje a la Tierra Sancta* de Bernard de Breidenbach, traducido del latín por Martín Martínez de Ampiés (Zaragoza, Pablo Hurus, 1498), la Institución Fernando el Católico de la Diputación de Zaragoza acaba de sacar a la luz la *Peregrinación de las tres casas sanctas de Jherusalem, Roma y Santiago* de Pedro Manuel de Urrea¹. Dos volúmenes que conforman la edición y el estudio de una obra hasta ahora perdida, llevados a cabo por el profesor Enrique Galé, que ha culminado así la que fuera su tesis doctoral, presentada en la Universidad Nacional de Educación a Distancia en 2007.

Como dicen las hojas de guarda, Pedro Manuel de Urrea, señor de Trasmoz, se fue en agosto de 1517 de peregrinación a Roma, Jerusalén y Santiago de Compostela, regresando finalmente a sus tierras aragonesas dos años más tarde. Cercana ya su muerte, daría a la stampa en 1523 la narración de ese viaje que contenía además todo un cartapacio de piezas diversas. Estas, al igual que ocurre con su conocido *Cancionero*, convertirían la *Peregrinación* en una curiosa miscelánea de distintos géneros literarios. La obra, en la que contaba al detalle sus aventuras por lejanas tierras, no fue bien vista por la Inquisición, que, al incluirla en el primer Índice de 1551 con los libros prohibidos, facilitó una desaparición hoy felizmente anulada con este trabajo académico, que ha rescatado para la posteridad el único ejemplar de la obra conservado hasta la fecha en la Biblioteca Municipal de Grenoble.

Es mérito de la Institución Fernando el Católico haber contribuido a la publicación de pieza tan rara, editando una tesis doctoral de más de un millar de páginas, que iluminan un género tan curioso como el de las peregrinaciones

¹ Pedro Manuel de Urrea, *Peregrinación de las tres casas sanctas de Jherusalem, Roma y Santiago*, ed. de Enrique Galé, Zaragoza, IFC, 2008. Dos volúmenes (I, 623 pp.; II, 423 pp.). El texto que publicamos corresponde a la presentación de esta obra en Épila durante las *II Jornadas. El Condado de Aranda y la nobleza española en el Antiguo Régimen*.

religiosas. Este libro de Enrique Galé forma parte de otros trabajos suyos dedicados a Pedro Manuel de Urrea, que han completado los perfiles menos conocidos o ignorados del señor de Trasmoz, cuyo temprano *Cancionero*, publicado por primera vez en 1513 y luego ampliado en 1516, anda todavía necesitado de una edición crítica completa, a la espera de que María Isabel Toro publique su tesis doctoral sobre el mismo, presentada en la Universidad de Salamanca bajo la dirección de Pedro Cátedra.

Entre los estudios sobre Urrea, cabe recordar la exquisita aportación de Eugenio Asensio al publicar su obra teatral en una edición de escasísima tirada, así como la de Domingo Ynduráin, que estudió la *Penitencia de amor*, ya conocida desde la edición de Foulché-Delbosc en 1902; labor que han completado otros críticos y estudiosos fielmente reseñados en la bibliografía recogida en el libro que nos ocupa. Y, aunque es mucho lo que queda por dilucidar en general respecto a sus primeras obras, lo cierto es que la posibilidad de leer por fin la *Peregrinación* supone todo un hito, que debemos a las pesquisas y al trabajo de dicho investigador.

La vida y la obra de este escritor, contemporáneo de Boscán, Garcilaso y Juan del Encina, ha sido recogida y analizada con paciente empeño por el profesor Galé, que ha aportado numerosos datos sobre la familia de los Aranda, haciendo hincapié en algunos aspectos tan interesantes para la Historia de la Literatura como la estancia en Épila, en 1525, de Andrea Navaggero, antes de recalar en Granada, donde este canonizara la invitación a Juan Boscán para que utilizara el endecasílabo. El destino gastó una mala pasada a Urrea, que, ya desaparecido, no tuvo la posibilidad de adherirse a un momento tan importante como el de la introducción en España de los metros italianos, acontecimiento que algunos han comparado con el de la aparición de la letra de cambio. El asunto no parece baladí, sobre todo si consideramos que don Pedro, aunque tuvo evidentes contactos en sus viajes con el Renacimiento italiano y hasta es posible, como Galé sugiere, que tuviera en el Navaggero su mejor salvoconducto en Italia, permaneció, sin embargo, anclado en unos presupuestos poéticos antiguos que le impidieron empaparse plenamente de cuanto supuso el nuevo Humanismo.

Cuesta creer que una figura de la magnitud de Urrea no sólo haya permanecido en buena parte olvidada durante mucho tiempo, sino que, ya en su siglo y en el siguiente, se viera rodeada de un profundo silencio que no solo alcanzó a eruditos y escritores tan conspicuos para la historia literaria aragonesa como Juan Francisco Andrés de Uztarroz o Baltasar Gracián, que no lo tuvieron en cuenta, sino incluso a miembros de su familia, como el capitán-poeta Jerónimo de Urrea o más tarde el cronista Francisco Jiménez de Urrea. El rescate, siquiera parcial, de Latassa en el siglo XVIII o los apuntes de Gallardo en

el XIX lo relegaron además a un lugar indeterminado que no mereció hasta muy tarde la merecida atención. Entre tanto vacío, Enrique Galé ha destacado la benemérita edición del *Cancionero* de don Pedro Manuel de Urrea que en 1878 hiciera la Diputación Provincial de Zaragoza, a impulsos de Jerónimo Borao, y que, gracias a Martín Villar, dio testimonio de una obra que todavía está exigiendo, como decimos, la conveniente edición crítica completa.

No deja de ser curioso que Urrea perteneciese a esa especie de escritores que se adelantaron a las teorías expuestas por Herbert Marshall MacLuhan en *La galaxia Gutenberg*, expresando el miedo a que sus obras anduvieran de mano en mano, lejos del control de su autor. Se trataba de un temor que también aparece, por cierto, en otros autores medievales respecto a sus manuscritos, como es el caso del infante don Juan Manuel, pero que se hizo más acuciente con la aparición de la imprenta, alcanzando incluso a los hermanos Lupercio y Bartolomé Leonardo Argensola, que no publicaron en vida ningún libro de poesía, como tampoco lo hizo Góngora.

El profesor Galé hace, en este estudio, un recorrido historiográfico y crítico por los trabajos dedicados a la obra de Urrea, desde Menéndez Pelayo y José Manuel Blecua a Roger Boase, entre otros. Los de este último, alumno de Alan Deyermond en Westfield College (Universidad de Londres), fueron sin duda decisivos, como ya señalamos en nuestra modestísima aportación sobre este autor en el volumen VII de la *Enciclopedia Temática Aragonesa* (Zaragoza, Moncayo, 1988) y en el *Bosquejo para una Historia del Teatro en Aragón hasta finales del siglo XVIII* (Zaragoza, IFC, 1987).

Claro que ni esos ni otros estudios parciales o generales incluidos en la bibliografía del libro que nos ocupa, como el de Manuel Alvar o el más reciente de Antonio Pérez Lasheras en *La literatura del reino de Aragón hasta el siglo XVI* (Zaragoza, Ibercaja, 2003), son comparables al trabajo especializado de Enrique Galé sobre la *Peregrinación* de Urrea, que sin duda abre nuevos caminos al entendimiento de una obra que hasta ahora nadie podía leer. Pues este investigador no solamente ha descubierto el ejemplar en cuestión, sino que ha reconstruido el pasado historiográfico del autor hasta en sus más mínimos pliegues, aportando además un estudio de nuevo cuño y una edición que supondrán un antes y un después sobre el señor de Trasmoz.

A este respecto, convendría señalar su aportación a la literatura de viajes y al género de las peregrinaciones sobre el que recoge una enjundiosa bibliografía en la que no falta el trabajo señero, todavía vigente, de José María Lacarra. Por añadir algo a sus detenidas pesquisas, algunas entradas, en la línea de Jurghen Hahn, *The Baroque Concept of Peregrinatio* (Chapel Hill, 1973), y otras que añaden a la tradición artística y literaria del tema en el Siglo de Oro, tal vez puedan iluminar algunos aspectos de la obra de Urrea y del género en la literatura pos-

terior, pues a veces el futuro ilumina el pasado. Me refiero en particular a que el itinerario de don Pedro en su camino hacia Roma lo emprenderían más tarde no solo los peregrinos de *El Persiles* de Miguel de Cervantes, sino los de Baltasar Gracián en *El Criticón*. Por ello, creo de interés señalar cuanto la novela bizantina y otros géneros afines tomaron de este tipo de libros de viajes, que contenían además muchos elementos concernientes a la paremiología, la cuentística, el relato breve o la poesía, entre otros muchos que conformaron su carácter misceláneo. La obra de Urrea, en este y otros aspectos, pertenece a la secuencia que funde la idea de *peregrinación* con la de los *trabajos* en busca de una meta salvífica en la que todo confluye y se justifica anagógicamente.

Cuestión aparte es su concomitancia con el género de la novela picaresca, y, en este sentido, me atrevo a apuntar el curioso paralelismo que ofrece esta obra con otra posterior de carácter autobiográfico, que también permaneció durante siglos inédita, como es el caso de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, con la que la *Peregrinación* muestra algunos curiosos paralelos, pese a pertenecer a géneros muy distintos. Por todo ello, convendría analizar si este personaje aragonés conocido por Cervantes, y que tanto ha dado que hablar a Martín de Riquer y otros respecto a su posible vinculación con el apócrifo Avellaneda, autor de la Segunda Parte del *Quijote* (1614), pudo o no tener a mano, al igual que otros escritores del siglo XVII a los que aludiremos, la obra de Urrea, pese a estar prohibida.

Galé recoge también en la bibliografía un trabajo de Agustín Redondo, que bien merece atención detenida respecto al tema que nos ocupa, pues este trazó la enorme diferencia que mediara entre los libros propagandísticos y ortodoxos relacionados con los viajes a Tierra Santa, y aquellos otros que representaron una crítica de raíz erasmista sobre el tema de las peregrinaciones. El asunto creo cobra singular relieve con esta obra prohibida por los inquisidores y que se ilumina a esa luz contrastiva en la que los seguidores de Erasmo y sus afines fueron condenados al ostracismo, según muestra, por ejemplo, el *Viaje de Turquía*. No olvidemos que, después del Concilio de Trento, la censura se estrechó cada vez más, y este libro recientemente aparecido de Pedro Manuel de Urrea es terreno abonado para indagar en aquellos puntos sobre los que la mano inquisitorial fue determinante, al considerarlos peligrosos.

Son muchas las aportaciones de Enrique Galé a la obra del escritor aragonés, en parte resumidas por su autor en los preliminares, donde señala sus diferentes planos analíticos. Estos abarcan desde la contextualización política y cultural de las peregrinaciones y el estudio de las fuentes, a los análisis literarios y de contenido, situados en el contexto de las mentalidades dirigentes durante el primer Renacimiento. Por otro lado, el careo con otras muchas obras europeas del género y el estudio comparativo de la *Peregrinación* a partir de la

obra capital ya mencionada de Breidenbach, ofrecen un panorama que se enriquece con otros análisis internos y externos, que además se explican a través del resto de las obras de Pedro Manuel de Urrea.

Los datos aportados sobre la biografía merecerían consideración aparte, ya que enriquecen no solo la figura del señor de Trasmoz, sino la de su familia, con aportaciones novedosas para la historia, así como para los estudios literarios, incluido cuanto concierne a la educación de la aristocracia de su tiempo. Téngase en cuenta además que, un siglo después, sería la condesa de Aranda, doña Luisa María de Padilla, amiga de Gracián, una autora que destacaría en el campo de los tratados educativos de la nobleza.

Capítulo de interés es el de la dilucidación de los motivos que impulsaron la peregrinación de don Pedro más allá del arquetipo del *homo viator*, dirigiéndose a los santos lugares, y que el propio autor acentúa, al decir que se encaminó a ellos en época viciosa, como hacen las hormigas, “en el buen tiempo del verano”, con objeto de “tomar el trigo para el fuerte invierno”. Excusa esta que se nos antoja llena de interrogantes, como luego diré, a la vista de cuanto la *Peregrinación* encierra en sí misma, con cierto halo de misterio respecto a las verdaderas razones que impulsaron a su protagonista a llevarla a término y que debieron ser mucho más que los expresados en el libro.

Enrique Galé reconstruye los pormenores del viaje restituyendo internamente los datos temporales y espaciales, o aportando otros externos, que además se incardinan en el amplio tejido del resto de la obra de Pedro Manuel de Urrea. Según su criterio, fueron razones personales y su voluntad de convertir el viaje en una guía de peregrinos las que transformarían su peripecia personal en un itinerario susceptible de ser emprendido después por todos cuantos leyesen un libro tan prolífico en datos de todo tipo sobre la topografía, la historia, la economía y el arte de los lugares recorridos.

El rico entramado histórico que nos ofrece el estudio de Galé es además todo un paseo por la vida mediterránea en la segunda década del siglo XVI, lleno de elementos más o menos exóticos, que alcanzan a los mamelucos egipcios o al propio Barbarroja, adelantando en casi un siglo el que vislumbraron don Quijote y Sancho en las playas de Barcelona. En ese aspecto, el libro puede servir también, como ya hemos sugerido, para entender mejor las obras ya mencionadas de *El Persiles* y *El Criticón*, adscritas al género de la novela bizantina, aparte otras de índole picaresca, y que suponen una *perigratio famis*, sin más meta ni destino que la de la supervivencia, como es el caso del *Guzmán de Alfarache*, cuyo protagonista también viajó a Roma sacralizando con filosofía moral los avatares de su compleja existencia. Y otro tanto podemos decir de las páginas dedicadas a Santiago y a la Tierra Santa, con gráficos y un catálogo de ediciones que hace más interesante el resultado de la investigación.

Aparte cabe señalar la visita a Montserrat, que soslayó Cervantes en *El Persiles*, pero que, sin embargo, cobró gran relevancia en *El peregrino en su patria* de Lope de Vega. Recordemos que su protagonista también visitó El Pilar, como hizo por cierto el buen Urrea, al describir la ciudad de Zaragoza y otros lugares aragoneses que él fue colocando milagrosamente en la ruta de su viaje hacia Roma, haciendo honor a su patria y dando testimonio fiel de la topografía religiosa en la que incardinó su obra.

En el análisis interno de la peregrinación de Urrea, Enrique Galé aquilata sus fechas de composición final entre el verano de 1519 y la primavera de 1521, en el castillo de Trasmoz, con probados argumentos. Aparte analiza también los aspectos retóricos de la *compositio* y la *dispositio* del libro con todo lujo de detalles, comparándolo con los géneros de relatos, guías y demás libros de viaje de la época. El híbrido de guía y relato que ofrece Urrea, le permite un análisis comparativo con otros textos similares o divergentes en los que, por cierto, ocurre como con los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer, o posteriormente con la novela caballeresca, bizantina, cortesana y pastoril, donde el peregrinar y el contar se hacen sinónimos, pues el libro no solo avanza con el camino, sino que está lleno de cuentecillos y poemas. Las digresiones entran además en juego y la retórica se pone al servicio de la topografía y de la peripecia, mostrando además toda una panoplia de excursos, comentarios, oraciones y cartas que convierten la peregrinación en una curiosa poliantea de temas y géneros diversos.

Galé estudia además los grabados que ilustraron el libro así como las fuentes que lo alimentaron, mostrando su deuda con el ya mencionado libro de Breidenbach y con el género de los *Mirabilia Urbis Romae*, en el que, por cierto, tanto aprendió también Miguel de Cervantes. Aparte, el autor considera otros precedentes bien conocidos como el de Mandeville y las fuentes vetero y novo-testamentarias, sin olvidar la tradición grecolatina de los viajes.

La tabla de fuentes relativas a la tradición oral completa un panorama de gran interés no solo cara a los aspectos religiosos de la obra, sino a los literarios propiamente dichos. En cualquier caso, los doctrinales no son *peccata minuta*, y nunca mejor dicho, pues entran en la polémica del libre albedrío, *quaestio* luterana de conocidos alcances, que sin duda asustaría a los inquisidores. Estos leerían el libro de Urrea y lo tendrían por alguien que se alzaba con ínfulas de tratadista y predicador, culminándose así el capítulo de razones que coadyuvaron a su prohibición y posiblemente al silencio secular que ha pesado sobre el mismo. En este aspecto, las opiniones religiosas expresadas por un señor como don Pedro, que no pertenecía al clero, aparecen, a juicio de Galé, el argumento mayor para que el Santo Oficio, a mediados del siglo XVI, lo prohibiera, como hizo con otros en los que la Iglesia veía peligrar la ortodoxia cuando los que predicaban o manifestaban sus ideas no estaban bajo

su control. El hecho de que tales ideas se publicaran en lengua castellana creemos no es asunto menor, pues las ponía al alcance de cualquiera que las pudiera leer, aumentando significativamente el peligro.

Es curioso también comprobar que las reflexiones de Pedro Manuel de Urrea sobre la aparición de la leche de la Virgen o de la sangre de Cristo cuando ya habían ascendido ambos a los cielos, se acerquen en buena medida a muchas de las críticas erasmistas, como las emitidas por Alfonso de Valdés en el *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, pues ello nos confirma un hilo crítico que debe incardinarse en las coordenadas que trazara Marcel Bataillon en su clásico estudio *Erasmus y España*, luego enriquecido por el de tantas otras corrientes afines anteriores y posteriores estudiadas por Eugenio Asensio. Galé hace además un careo curioso entre Urrea y Juan de Valdés, mostrando cómo la ortodoxia no siempre fue garante para la Iglesia, que no quería ver prédicas teológicas o religiosas fuera de sus predios, como luego supo muy bien Santa Teresa, y más si se hacían, según decimos, en un castellano al alcance de cualquiera, caso de fray Luis de León con su traducción del *Cantar de los Cantares*.

La *Peregrinación* supone también una aportación curiosa para la historia de la poesía religiosa, en comparación con otros autores, como fray Ambrosio de Montesino y los poetas de cancionero, tanto desde el punto de vista de los temas como de la métrica, explicitada en cuadros sinópticos a tal propósito.

Respecto al análisis de la lengua desde la metodología retórica y comparativa, no deja de tener interés su desglose en distintos planos (descriptivos, etimológicos, o plurilingüísticos), así como todo lo referido a la fonética, la sintaxis o la grafemática. Este capítulo propiamente literario, tal vez el menos desarrollado comparativamente, es el que espera, en el futuro, la paciente labor de Enrique Galé, que tal vez debería animarse a extenderlo al análisis en relación con la prosa y el verso del *Cancionero* de don Pedro Manuel de Urrea —obra que él conoce muy bien—, aunque establezca ya en esta ocasión numerosos lazos con ella.

El capítulo de conclusiones cierra lo que ya fuera un anticipo en los preliminares del libro, trazando una sucinta descripción del viaje del señor de Trasmoz y recogiendo en él lo sustancial del estudio. Esto es, la voluntad del autor de la *Peregrinación* de trasvasar el concepto de viaje para convertir su obra en una guía de peregrinación al alcance de cualquiera, diluyendo así las razones y el verdadero itinerario de su camino, a la par que relegaba la experiencia personal a segundo término. Claro que esta indiscutible aportación del autor no quita que consideremos el juego que los distintos géneros, sobre todo el de las epístolas, tienen en la obra, cara a la posible lectura de la misma, entendida, según creemos, no solo como expresión de una clara voluntad lite-

raria, sino como texto justificativo de la propia vida de su autor ante los altos destinatarios a los que las cartas se elevan, adelantándose así a la epístola de *El Lazarillo*.

A juicio de Enrique Galé, Urrea pretendió traspasar el plano meramente religioso, dándole una proyección literaria que le permitiera alcanzar la inserción genérica y la variedad de la miscelánea. Pues en esta todo cabe: relatos breves, traducciones, descripciones y piezas líricas que antologan, por así decir, cuanto la literatura de su tiempo ofrecía al respecto, incluida la filosofía moral. El estudio lleva, además de varios mapas, un útil vocabulario de la *Peregrinación*, así como un cuadro estadístico de variantes y otro vocabulario comentado de voces árabes y griegas, que agradecerán sin duda los lectores, mostrando el estado plurilingüe en el que se insertan los afanes de su autor.

La dimensión europea del libro, en consonancia con la época del Emperador Carlos V, restituye así la *Peregrinación* de Pedro Manuel de Urrea a un panorama culto, políglota y cosmopolita, que tenía como fondo el cruce de fronteras y lenguas, así como la fidelidad a los clásicos, aunque estos no se ubicaran, como hemos dicho, en las coordenadas de una visión totalmente humanística. Para Urrea, la erudición y los saberes, al igual que los viajes, fueron también una forma de vida, que incluso alcanza sus ribetes de misterio y merecería nuevas consideraciones que aclararan las verdaderas razones de viajes tan alejados y dispares como los de Roma, Jerusalén y Santiago llevados a cabo por alguien que parece obtener no solo beneficios literarios sino calidad y fama al publicarlos.

Pero aparte del amplio estudio introductorio, los lectores y estudiosos tienen además en sus manos una cuidada edición, pródiga en notas y glosas, que les permitirá degustar una obra académica hecha con *razón* y *corazón*: dos argumentos sin los cuales, como dice el propio Urrea, ni se puede vivir ni “andar en romería”.

En relación con el contenido mismo de la obra, parece cada vez más evidente la suposición de Eugenio Asensio, cuando habló de la presencia de los Aranda en el *Libro Verde de Aragón* y la posibilidad de su origen judío. Sobre todo si tenemos en cuenta las referencias a esa raza en la obra y el detalle con el que don Pedro acude a todo tipo de alusiones sobre los moriscos y los herejes en general, considerando cuánto se beneficiaría la cristiandad con su conversión. Lo cierto es que el hecho de que el libro apareciera en los índices inquisitoriales sirvió también de negativa al resto de sus obras, extensiva incluso al tremendo silencio, ya mencionado, con el que la premiaron sus familiares y paisanos.

Los referentes aportados por Galé y hasta las fichas sobre bibliotecas particulares conocidas de la época por Ángel San Vicente –al que hemos consultado–

muestran ese vacío historiográfico que solo parece explicarse por la peligrosidad de un autor condenado al que incluso Baltasar Gracián, que cita en su *Agudeza* a tantos escritores aragoneses de segunda fila, no menciona en ningún momento. El jesuita trataría sin embargo, y mucho, a los condes de Aranda, de quienes además era contrapariente, alabándolos en *El Discreto* y en otras obras suyas. La misma doña Luisa María de Padilla, aludida anteriormente, parece no acordarse de don Pedro en sus numerosas obras, tan llenas de religiosidad y de afanes sacralizadores de la casa de los Aranda y del contexto religioso de Épila. Por otro lado, podemos preguntarnos si el hecho de que Gracián creyera que *La Celestina* era de autor aragonés, no se debió al hecho de que don Pedro la había imitado en su *Égloga de Calisto y Melibea*, y a que conociera esa y otras obras suyas, aunque no las mencionara expresamente por las razones aludidas.

En una primera lectura, la *Peregrinación* de Pedro Manuel de Urrea nos parece, en buena parte, según dijimos ya, un libro justificatorio, como tantas otras autobiografías del Siglo de Oro, incluida la de Pasamonte o la de Guzmán de Alfarache. Vale decir, la obra de alguien que certifica una religiosidad a ultranza y en cuya peregrinación el binomio pecado-arrepentimiento está siempre presente. Y no solo al inicio, cuando se despide de una dama a la que dice haber amado para ponerse en camino hacia los lugares santos, sino en el cuerpo mismo de la obra, tanto en el episodio del carnaval romano, como en las coplas a una genovesa, donde nos ofrece ese vaivén entre pecado y penitencia por el que el libro y el viaje discurren de principio a fin. Además la historia de amor inicial no queda en suspenso, pues la dama en cuestión aparece en Venecia para tentarle y para que, a efectos narrativos, la secuencia del pecador que supera las tentaciones, se repita de nuevo con todas sus consecuencias.

Téngase en cuenta además la importancia que el amor humano y hasta ferino tienen en el *Cancionero* de Urrea. Un hombre que, como ya mostramos al estudiar sus églogas religiosas, alterna lo profano con lo divino a lo largo de todas sus obras. El asunto es además interesante por lo que atañe al paralelo que dicho esquema ofrece con las tentaciones que esperan en Roma al Periandro de *El Persiles* cervantino en el episodio de Hipólita la Ferraresa. Estos y otros aspectos de la obra reflejan además la voluntad del autor por presentarse a sí mismo como un personaje sacado de la tradición secular de las *Vitae Sanctorum*, con la que esta obra tiene no pocos puntos de contacto, sobre todo en la antítesis del arrepentido, que demuestra a todas luces su constante recuperación y penitencia tras la caída en el pecado. Pero las verdaderas razones no parecen sujetarse solo al viejo esquema del pecador que busca su tabla de salvación como peregrino en la tierra dirigiéndose a los lugares santos, sino el logro de un buen nombre en todos los planos, incluido el político, de alguien que posiblemente estuviera bajo sospecha de raza y religión, y que deseaba ofrecer una autobiografía bajo especies de ortodoxia y limpieza a ultranza.

Andando los años, la Inquisición, de la que el mismo don Pedro se acuerda al dibujar la Aljafería zaragozana, debió ver no pocos peligros en la *Peregrinación*. El afán de su autor por contar milagros, o mejor ciertos milagros, como el del ermitaño de Montserrat o las historias de espíritus e intervención diabólica, debieron asustar, sin duda, al Santo Oficio. Y no digamos cuando Urrea se atreve nada menos que a escribir una carta al Santo Padre dándole consejos no solo en materia de política exterior, sino respecto a cómo debía actuar con las dignidades de la iglesia que se compran por dinero. Sin olvidar el desafío que suponía meterse en cuestiones de política mediterránea que alcanzaban incluso a la figura del Emperador. Por otro lado, el injerto de exclamaciones, oraciones y demás poemas y narraciones de carácter pseudo-religioso, en donde la frontera con lo profano es tan confusa, no debió de pasar desapercibido al celo inquisitorial, que vería además peligro en la inserción de la mitología grecolatina con los Evangelios frecuentada por nuestro autor.

Su afán de protagonismo salta a la vista, pese a que, como dice Enrique Galé, Pedro Manuel de Urrea huya de la peregrinación personal para ofrecer una guía de lugares santos. Así se ve en la carta contra el turco y sobre todo en la última dirigida al Emperador, que, al colocarse al final del libro, explica, en cierto modo, ese retrato de hombre religioso, culto, y político que se deduce de sus páginas y con el cual él quiere ofrecer un perfil noble y realzado de sí mismo, de su familia y de su tierra, lejos de toda sospecha. El hecho de que se refiera a los moriscos y a los griegos ante Carlos V no deja de chocar a primera vista, planteando no pocos interrogantes respecto a un libro que, en realidad, empieza por ser un envío al Papa y termina como envío al Emperador. En él aparece dibujado el rostro de don Pedro Manuel de Urrea, realzado a través de un itinerario sacro en el que ha superado toda clase de trabajos, dando todo tipo de señales respecto a sus valores personales, su arrepentimiento y su ortodoxia.

La obra ofrece así un punto referencial sin el cual difícilmente puede entenderse y que sin duda aclara muchos de los interrogantes políticos y religiosos que la persona de su autor plantea. Ella adquiere en distintos momentos, como luego ocurriría, según ya apuntamos, con el famoso *Lazarillo*, una estructura epistolar de carácter justificatorio, animada por las cartas insertadas en la que dos altos destinatarios, como eran el Papa y el Emperador, daban además sello de calidad a la misma. El hecho de que Urrea recalara con tanto detalle en la topografía aragonesa y en los templos que la configuraban en su viaje de ida y vuelta por tierras lejanas, creemos es también representativo, pues El Pilar y todos los lugares santos que describe ocupan tanto o igual relieve que los más consagrados y exóticos a los que dedica su viaje, insertando así la historia propia, personal y particular, en la general, con objeto de sacralizar una y otra.

El prólogo es, en este y otros aspectos, muy ilustrativo, pues no solo discurre sobre cuestiones de poética y contenido, sino sobre la voluntad de estructurarlo en tres partes o libros. El primero de ellos, que abarca el viaje desde su casa a Roma, va íntimamente ligado al simbolismo de la *caput mundi*, culminando con unas coplas a San Pedro y una carta al Papa. El segundo, camino de Jerusalén, conlleva otra, dirigida, en este caso, al tirano turco que se había adueñado de los lugares santos, operando así como antítesis de la epístola anterior y de la futura. Pues finalmente el tercero, desde Roma a Santiago, completará la estructura tripartita de manera equilibrada, con unas coplas al santo de Galicia y una carta al Emperador “que gobierna aquella tierra”, cerrándose así el círculo de los poderes eclesiásticos y humanos.

Las artes mnemotécnicas juegan un papel sustancial en el doble juego que la retórica tradicional asignaba a los lugares y a las imágenes en ellos ubicadas, pues cada uno de los referentes sacros lleva en los tres libros tres tablas de carácter topográfico. Las lenguas añaden riqueza al aparente estatismo que la geografía imprime, ofreciendo un mundo bullente y dinámico a través de ellas, al igual que ocurre con la vida que se filtra ocasionalmente a través de los amores, las fiestas y las anécdotas ocurridas durante las millas recorridas entre “lodos y durmiendo las noches entre chinchas”. Pedro Manuel de Urrea no deja de ser además uno de los muchos partidarios de la *peregrinatio vitae*, entendida como pasión en la tierra, pues su viaje lo formula como el resultado de tantos “sanctos passos” que él ha dado, siguiendo los que el hijo de Dios padeció por su misericordia.

La estructura está sabiamente configurada por una sacralización de vida y obra que se manifiesta a través de las coplas y oraciones con las que sus viajes arrancan y finalizan, a partir ya del primer itinerario desde la villa de Trasmuz hasta llegar a Roma, donde la susodicha carta a León X va seguida de una oración a la Santísima Trinidad. El segundo viaje hacia Jerusalén, tras la bendición papal, intensifica la estructura ascendente que marca la salida desde la puerta de Nuestra Señora del Pópulo a la Tierra Santa, descrita con todo lujo de detalles. Allí la poesía evangélica de los siete domingos cuaresmales intensifica el recuerdo de la pasión de Cristo y pone el acento en el engaño del pueblo judío y en la humildad divina.

El núcleo central de la obra lo constituye así no solo la Sagrada Pasión, sino los milagros acaecidos en Jerusalén y otras tierras, cerrándose con la curiosa carta de don Pedro al “incrédulo y tirano Turco”; poderoso varón hereje que centra una larga disquisición religiosa sobre los seguidores de Mahoma y el peligro que representan para la Iglesia. El libro segundo termina, entre otras cosas, con unas coplas sobre el llanto espiritual de Jerusalén por la muerte del Redentor a las que se suma el propio autor, quien, antes de

marcharse, siente todavía el peso de la tentación cuando una vieja le quiere dar a su hija “por amiga”.

El tercero y último libro marcará un curioso camino hacia Santiago que comienza desde Roma, adonde el autor ha vuelto sobre sus pasos, y tras haber besado de nuevo los pies del Pontífice. El ámbito italiano refrenda situaciones de riesgo para el pecador Urrea, que muestra nuevos signos de arrepentimiento en sus coplas y se dirige hacia las tierras de España, teniendo ocasión de besar la mano del Emperador en Barcelona y de visitar Monserrate. Después se dirigirá a Huesca y a Tudela, añadiendo referencias poéticas a una pestilencia que hubo en Zaragoza, pero sin decir esta boca es mía a los que en su tierra lo estuvieran esperando. Pues, en efecto, don Pedro da media vuelta y acuerda “partir de Tudela para Santiago sin yr a mi villa y casa porque las cosas de Dios se an de hazer con trabajo y es razón de hazer más caso de las cosas espirituales que de las corporales”. Y así, sin más ni más, dice: “tuve por mejor el trabajo de la peregrinación que el descanso de mi casa”, a la que tardaría en regresar.

Un nuevo itinerario hacia Santiago sembrará de noticias el libro tercero, que culminará ante la tumba del “patrón de nuestra España, por el qual fuymos los españoles convertidos”. No deja de ser curioso que el peregrino Urrea culmine así sus viajes en tierra que consideraba propia y a la que lleva reliquias de los lugares santos visitados y que sin duda tenían mayor renombre. La obra recoge hacia el final unas coplas al apóstol Santiago ante el que el autor se postra como gran pecador pidiéndole guíe sus futuros pasos, no sin antes decirle:

Pues por ti soy conuertido
yo, pues que soy español,
tengo tu lumbre por sol
pues por Dios fuiste escogido.
Christo, nuestro Redemptor,
te encomendó nuestra España
como haze el rey señor
capitán conquistador
para ganar tierra estraña.

El alcance de esos y otros versos merecería consideración más detenida, por lo que supone de función política de una obra que termina precisamente, según vimos, con una carta “Al muy alto y muy poderoso católico emperador don Carlos, nuestro señor”, claramente encumbrado con papeles redencionales de conquista. El asunto no parece menor, pues Urrea trata en su última epístola de la política imperial y de cuanto aquel debía hacer para la concordia de la cristiandad; sin olvidar a los moros, a los que dice se consiente en Aragón

pertenezcan a “su diabólica seta”, y con los que quiere se sea indulgente cuando se salven por el bautismo. La conversión de estos, como la de los griegos, a los que aludía en su carta al Pontífice, establece así un lazo ideológico y estructural que acaba por convertirse en la intención final de la obra, pues Urrea pide al Emperador que haga causa común de la liga y concordia con unos y otros atrayéndolos al brazo de la Iglesia. El papel que se otorga a sí mismo el autor ante los mayores dignatarios de la religión y de la política cobra así un nuevo relieve, realzándose él y los de su nombre como intermediarios en la resolución de los grandes problemas que acuciaban al buen gobierno en el mapa del Mediterráneo.

De vuelta a su tierra, ya confesado y comulgado, don Pedro no se paró además en barras, por lo que a las cuestiones literarias se refiere, recordando el viaje de Dante al paraíso, purgatorio e infierno, y explayándose en consideraciones religiosas y morales sobre los demás y sobre sí mismo. Su voluntad de escritor ocupa un lugar relevante en esas y otras referencias a la voz de alguien que quiso ser valorado como poeta, prosista y dramaturgo en sus años juveniles.

Por otro lado, no deja de ser curiosa la coincidencia del final del libro y del viaje con la muerte de su madre, que tanto peso adquiriera ya desde el prólogo de su *Cancionero*, y que alcanza, en este caso, un protagonismo evidente, dejando en la indeterminación al resto de una familia de la que Urrea se alejó obviamente con sus afanes de peregrino andante y navegante. Las coplas a la muerte de su madre, con su clarísimo reclamo manriqueño, operan a favor de quien siente tener una embajadora de sí mismo en el otro mundo, mientras él la llora en su tierra de Jarque, donde fuera sepultada. En ellas, don Pedro trasvasa, sin embargo, lo personal, para aludir nuevamente a los herejes judíos y moros que tanto le preocuparan a lo largo de toda la obra. Tras la glorificación de la madre, el autor se despide de los lectores no sin antes cerrar el libro con una acción de gracias a Dios por haber culminado un viaje que termina por convertirse en una forma de orar.

La literatura del siglo XVI y XVII está llena de todo tipo de relaciones autobiográficas encaminadas a justificar ante un destinatario concreto el curso y el discurso de una vida llena de trabajos y sufrimientos que a veces parecen encubrir razones ocultas. La frontera entre la historia y la fantasía literaria es en ellas muy sutil, como mostramos en otra ocasión a la hora de situar los “trabajos” cervantinos de *El Persiles* en su contexto literario e histórico. El caso que nos ocupa bien merece estudiarse desde esa perspectiva, que deberá corroborarse con la documentación necesaria.

A medio camino entre la ortodoxia propagandística de la *Verdadera información de la Tierra Santa* de fray Antonio de Aranda y la crítica erasmista del *Viaje de Turquía*, la *Peregrinación* es una obra que espera a los historiadores

y a los filólogos para futuras indagaciones, sobre todo por lo que atañe a su relación con obras posteriores y a la posible vinculación judía de su autor. Pero esa es ya tarea que no nos corresponde.

La ciudad de Épila se enriquece sin duda con este hallazgo. En ella surgió, como ocurriera al abrigo de las villas renacentistas, la famosa Alhameda del Conde, convertida en lugar ameno en el que la naturaleza se fundió con el arte, prodigando los afanes anticuarios e históricos de la saga de los Aranda. En ella escribió doña Luisa María de Padilla una de las primeras biografías del marqués de Santillana y por ella tuvo anteriormente predilección Miguel de Cervantes, que leyó con todo interés la obra caballeresca y épica de Jerónimo de Urrea, uno de los primeros traductores del *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto. Contra lo que un conspicuo editor del *Quijote* sigue creyendo, la referencia en él a “Épila famosa”, no hacía sino recordar el título de un libro pastoril también perdido de ese capitán-poeta que también escribiera *Don Clarisel de las flores*.

A través de las páginas de la *Peregrinación*, la geografía aragonesa, española y mediterránea cobra nuevos relieves, alimentados por el gusto descriptivo de su autor, que quiso trascender sus raíces, colocando los frutos de su numen bajo especies de eternidad, cuando dijo:

En esta villa de Épila (entonces con 400 vecinos) tenemos la capilla y sepultura donde los de nuestro linaje y apellido nos enterramos, y aquí nací yo y assí podría decir yo como dize Juan de MENA: “Córdova madre” e Virgilio “Mantua me genuit” y Marcial “Altam Bilbilim”.

Como es evidente, a Gracián, que quiso convertir a Calatayud en su patria nutricia con el ejemplo de Marcial, olvidándose de que había nacido en el mínimo Belmonte, le había salido un predecesor. Pues esas palabras de don Pedro Manuel de Urrea evidencian no solo su voluntad de ensalzar la estirpe y de que lo enterraran con los suyos en el sagrado de la capilla familiar de Épila, sino un afán, idéntico al del mencionado jesuita aragonés y al de tantos otros escritores a lo largo de los siglos, y que no es otro que el de convertirse a sí mismo en un clásico.

Pero, para instalarse en el panteón literario, es obligado que las obras se editen, circulen, estudien y pasen finalmente a ser patrimonio universal de los lectores. Y ese es el camino por el que discurre esta obra del profesor Eugenio Galé, hecha con tanto rigor y cuidado, y del que cabe esperar mucho en el futuro como investigador. Los filólogos, los historiadores y los curiosos en general deberán felicitarse por el hallazgo de la *Peregrinación* y por su esfuerzo al darla a conocer. También porque la Institución Fernando el Católico haya sabido acogerla y publicarla.